

Capacitador Sermones CGI

(Sermones para Junio 2026)

Sermón del 7 de junio de 2026 - Domingo 5	1
Sermón del 14 de junio de 2026 - Domingo 6	10
Sermón del 21 de junio de 2026 - Domingo 7	18
Sermón del 28 de junio de 2026 - Domingo 8	27

Sermón del 7 de junio de 2026 - Domingo 5

Romanos es una invitación atemporal a vivir por gracia y no en la búsqueda de la perfección. A través del ejemplo de fe de Abraham, nos recuerda que confiar en Dios es más importante que tener un desempeño impecable. La carta habla con honestidad sobre las luchas humanas, pero también ofrece esperanza al mostrar que la perseverancia, el carácter y la transformación crecen por medio del amor y la gracia inagotables de Dios.

[Salmo 33:1-12](#) • [Génesis 12:1-9](#) • [Romanos 4:13-25](#) • [Mateo 9:9-13](#) , [18-26](#)

El tema de hoy es que **Dios cumple sus promesas**. Nuestro salmo de llamado a la adoración celebra la justicia y la fidelidad del Señor, quien creó todo lo que existe. La lectura del Antiguo Testamento en Génesis relata el llamado de Abraham, que marca el comienzo de la obra de salvación de Dios para el mundo entero. La lectura epistolar de Romanos retoma el llamado de Abraham, centrándose en la promesa de Dios de heredar el mundo a quienes confían en el Señor. El texto del Evangelio en Mateo sitúa el llamado de Jesús a los recaudadores de impuestos, la curación de una mujer y la crianza de una niña entre su declaración de que no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores.

Recordatorio: *Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones del LCR (Leccionario Común Revisado) de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No es para ser incluido en el sermón.*

Dios cumple sus promesas

Romanos 4:13-25 NVI

¿Acaso no todos anhelamos relaciones sanas, relaciones seguras con personas en las que podamos confiar? ¿Alguna vez alguien te hizo una promesa y la rompió después? Probablemente a todos nos ha pasado. [*Considera el dar un ejemplo personal*]. Conocemos el dolor de la confianza defraudada. Nosotros también fallamos al cumplir nuestras promesas.

Pero hay buenas noticias: Dios no es como nosotros en este sentido . **Dios cumple sus promesas.** Siempre.

Esta fidelidad al cumplir las promesas es fundamental en el pasaje que analizamos hoy, el cual habla de la justicia. Muchos asocian la justicia con seguir reglas o simplemente ser una buena persona. Sin embargo, desde una perspectiva bíblica, la justicia se centra ante todo en la relación: en tener una relación correcta con Dios.

Y aquí hay más buenas noticias: «Pero ahora, sin la mediación de la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios, de la que dan testimonio la Ley y los Profetas» ([Romanos 3:21](#)). En otras palabras, una relación correcta con Dios no es algo que logremos, sino algo que recibimos como un don.

Por eso las Escrituras hablan tan a menudo de la fe. Dios nos llama a la fe, a creer en él, lo que equivale a decir que nos llama a confiar en él. Y este llamado a la confianza tiene sentido porque Dios ha demostrado ser completamente digno de confianza. Una relación sana siempre depende de la confianza.

Primordialmente, esta confianza se fundamenta en quién es Dios. Dios es un Dios trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo. No es una deidad solitaria ni distante, sino una persona trina. Dios mismo representa una relación de confianza justa. Entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo jamás existe la menor duda ni sospecha.

Y esa es precisamente la relación a la que nuestro Padre amoroso nos llama. La relación correcta que el Hijo tiene con su Padre, por medio del Espíritu, es la misma relación que comparte con nosotros. Nos incluye en esta relación de perfecta confianza, la relación que anhelamos y para la cual fueron creados nuestros corazones.

Así pues, leamos el pasaje de Pablo, uno de los primeros cristianos, líder y misionero clave que difundió el mensaje de Jesús y escribió numerosas cartas en el Nuevo Testamento. La carta a los Romanos es una de ellas.

13 En efecto, no fue mediante la Ley como Abraham y su descendencia recibieron la promesa de que él sería heredero del mundo, sino mediante la fe, la cual se le tomó en cuenta como justicia. 14 Porque, si los que viven por la Ley fueran los herederos, entonces la fe no tendría ya ningún valor y la promesa no serviría de nada. 15 La Ley, en efecto, trae castigo. Pero donde no hay Ley, tampoco hay transgresión. 16 Por eso la promesa viene por la fe, a fin de que por la gracia quede garantizada para toda la descendencia de Abraham; esta promesa no es solo para los que son de la Ley, sino para los que son también de la fe de Abraham, quien es el padre que tenemos en común 17 delante de Dios, tal como está escrito: «Te he confirmado como padre de muchas naciones». Así que Abraham creyó en el Dios que da vida a los muertos y que llama las cosas que no son como si ya existieran. 18 Contra toda esperanza, Abraham creyó y esperó, y de este modo llegó a ser padre de muchas naciones, tal como se le había dicho: «¡Así de numerosa será tu descendencia!». 19 Su fe no se debilitó, aunque reconocía que su cuerpo estaba como muerto, pues ya tenía unos cien años, y que también estaba muerta la matriz de Sara. 20 Ante la promesa de Dios no dudó como un incrédulo, sino que se reafirmó en su fe y dio gloria a Dios, 21 plenamente convencido de que Dios tenía poder para cumplir lo que había prometido. 22 Por eso se le tomó en cuenta su fe como justicia. 23 Y esto de que «se le tomó en cuenta» no se escribió solo para Abraham, 24 sino también para nosotros. Dios tomará en cuenta nuestra fe como justicia, pues creemos en aquel que levantó de entre los muertos a Jesús nuestro Señor. 25 Él fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. [Romanos 4:13-25 NVI](#)

Antes de comprender Romanos 4, necesitamos entender la historia que hay detrás, porque el apóstol Pablo habla de Abraham, quien vivió dos mil años antes del nacimiento de Jesús. Se le considera el antepasado del pueblo judío, pero, más importante aún, es alguien a quien Dios le hizo una promesa.

Y Dios cumple sus promesas.

Dios le prometió tres cosas: una tierra para sus descendientes, una familia y una bendición. La familia de Abraham crecería hasta convertirse en una nación y, a través de ella, todas las naciones serían bendecidas.

Esta semana es un buen momento para leer la historia que comienza en Génesis 12. ¿Por qué no leerla junto con otros?

Pasaron años después de aquella promesa, y nada sucedió. Seguía sin haber hijos, ni familia, ni tierra, ni nación. En Génesis 15, Abraham dijo: «Señor, me prometiste descendencia, pero aún no tengo hijos». Dios le dijo que mirara al cielo y contara las estrellas si podía. Entonces Dios le dijo: «Así será tu descendencia». Y «Abraham creyó al Señor, y le fue contado por justicia». Abraham confió en Dios, no porque la situación tuviera sentido, sino porque creía que Dios cumple sus promesas.

Finalmente, Abraham y su esposa Sara tuvieron un hijo llamado Isaac. Con el tiempo, su familia se convirtió en una nación llamada Israel. Siglos después, Dios rescató a Israel de la esclavitud en Egipto y, a través de su líder Moisés, les dio algo llamado: la Ley. La Ley era un conjunto de instrucciones que mostraban cómo debía ser la vida con Dios. Moldeó la adoración, la ética, la justicia y la vida cotidiana de Israel. Pero la Ley también reveló una dificultad de la condición humana: incluso cuando sabemos lo que es correcto, nos cuesta vivir de la manera que Dios diseñó que viviéramos.

Ahora llegamos a la carta de Pablo a los Romanos. La iglesia en Roma estaba compuesta por dos grupos distintos. Algunos eran judíos seguidores de Jesús que habían crecido con la Ley de Moisés. Otros eran gentiles, personas no judías que no tenían ningún conocimiento de la Ley. Esto generó tensión en la iglesia y surgió una pregunta: ¿Qué hay de Abraham? Sin duda, Abraham representa el ejemplo supremo de ser justo ante Dios. Pablo está de acuerdo, pero no de la manera que algunos podrían esperar.

Mucho antes de que se diera la ley, Abraham confió en la promesa de Dios, y «le fue contada por justicia» (versículo 22, citando [Génesis 15:6](#)). El entendimiento que Pablo tiene de la fe es la confianza que conduce a la justicia o a una relación correcta con Dios. Y Pablo utiliza a Abraham como la prueba más contundente de su argumento.

Como se puede observar anteriormente en la carta, Pablo estableció que Abraham fue declarado justo por la fe, no por cumplir la ley. Ahora profundiza en la

naturaleza de esa promesa dada a Abraham y en el tipo de fe que le permite recibirla.

Al hacerlo, conecta directamente la historia de Abraham con la nuestra. De esta manera, nos recuerda el llamado y la promesa de Dios de confiar en él para la justicia. Dios nos invita hoy a participar de la misma relación que Jesús tiene con el Padre por medio del Espíritu. Y responder a este llamado requiere fe y confianza. Dios ha demostrado su fidelidad en el Señor Jesús, y podemos confiar en su llamado y en sus promesas.

Volvamos al versículo de [Romanos 4:13-25](#) Versículo 13: «No fue por medio de la ley que Abraham y su descendencia recibieron la promesa de que él sería heredero del mundo, sino por medio de la justicia que viene por la fe». En Génesis, la promesa se expresa en términos de tierra, descendencia y bendición. Pablo la interpreta a la luz de los propósitos divinos que se van revelando y se atreve a afirmar que a Abraham se le prometió la herencia del mundo. La promesa a Abraham siempre apuntó a la intención de Dios de bendecir a toda la creación.

Sin embargo, lo que más importa para Pablo no es el alcance de la promesa, sino el medio por el cual fue dada. La promesa no provino de la ley. Abraham, naturalmente, no la obtuvo obedeciendo mandamientos que aún no habían sido dados. La ley de Moisés llegaría siglos después. La promesa provino «por medio de la justicia de la fe». Nótese la elección de palabras de Pablo. Podría haber dicho simplemente «por medio de la fe», pero especifica «por medio de la justicia de la fe».

La fe no es una actitud psicológica ni un sentimiento religioso. La fe es cómo recibimos lo que Dios nos da. Cuando entendemos la fe como confianza, todo cobra sentido. No podemos recibir nada de alguien en quien no confiamos, a menos que sea bajo coacción o fuerza. Y Dios no hace ninguna de las dos cosas. Él nos llama a conocerlo, y al conocerlo, comprendemos que es digno de confianza.

Dios no construye su relación contigo en función de tu desempeño. Dios la construye sobre su promesa.

“Porque si los que confían en la ley son herederos, la fe no significa nada y la promesa no vale nada” (versículo 14).

Si la herencia depende del cumplimiento de la ley, entonces la fe no tiene cabida, y la promesa misma se derrumba bajo el peso del fracaso humano. La relación con Dios se convierte en un contrato, no en una relación basada en la confianza.

Versículo 15: «Porque la ley trae ira; y donde no hay ley, no hay transgresión». La ley, por buena y santa que sea, expone el pecado y revela la incapacidad de la

humanidad para alcanzar la justicia por sí misma. Nos muestra lo que se requiere, pero no puede darnos el poder para cumplirlo.

La ley puede nombrar lo que es bueno, pero no puede darnos el poder para vivirlo. Si la promesa dependiera de la ley, no habría relación, solo un contrato que no podríamos cumplir.

Versículo 16: «Por tanto, la promesa viene por la fe, para que sea por gracia y esté garantizada a toda la descendencia de Abraham...» Fe y gracia van de la mano. La fe recibe lo que la gracia da. Y como la promesa se basa en la gracia, es segura, no solo para quienes viven bajo la ley, sino también para quienes comparten la fe de Abraham. Aquí Pablo extiende la familia de Abraham más allá de las fronteras étnicas o legales. Abraham es «el padre de todos nosotros. Como está escrito: “Te he hecho padre de muchas naciones”» (versículos 16-17).

Esta es una afirmación radical. Abraham, antepasado de Israel, es también antepasado de todos los que creen. No por linaje, sino por fe, por confianza en la promesa de Dios. El pueblo de Dios se define no por su ascendencia ni por sus logros, sino por la fe en el Dios que hace promesas y las cumple.

Abraham creyó en Dios «...que da vida a los muertos y hace existir lo que no existía» (versículo 17). ¡Dios crea lo que no existe! Esta no es una afirmación teológica abstracta. Se basa en la propia experiencia de Abraham, una experiencia que quedó plasmada por escrito para nuestro beneficio. Abraham y Sara eran ancianos. La promesa de una descendencia tan numerosa como las estrellas parecía absurda. Y, sin embargo, Abraham creyó.

«Contra toda esperanza, Abraham creyó con esperanza y así llegó a ser padre de muchas naciones...» (versículo 18). Esto no es optimismo ciego ni negación de la realidad. Pablo es claro: Abraham no ignoró los hechos. Los cuerpos de Abraham y Sara, como dice Pablo, estaban «prácticamente muertos» en lo que respecta a la procreación (versículo 19). La fe no pretende que las circunstancias sean diferentes de lo que son.

La fe afronta la realidad con honestidad y, aun así, confía en Dios. Esto puede ser un aliento para nosotros hoy. A medida que Dios nos llama a sí mismo, comprendemos que es más fuerte que todo lo que se nos opone. También es más sabio de lo que creemos saber. Por lo tanto, podemos confiar en él incluso cuando las cosas no parecen cuadrar, como le sucedió a Abraham. Pero con el tiempo, llegamos a ver que Dios es fiel incluso cuando todo está en nuestra contra. En última instancia, vemos esto manifestado de la manera más dramática en su relación con su propio Hijo. Dios es fiel a Jesús incluso cuando muere en la cruz.

Continuemos. «Pero él no dudó por incredulidad respecto a la promesa de Dios, sino que se fortaleció en su fe y glorificó a Dios, estando plenamente convencido de que Dios tenía poder para cumplir lo que había prometido» (versículos 20-21). Aquí vemos la esencia de la fe bíblica. La fe no es confianza en uno mismo, sino confianza en Dios. Es estar plenamente convencido de que Dios es capaz de cumplir lo que ha prometido. Por eso su fe le fue contada por justicia (versículo 22). Abraham tenía una relación correcta con Dios, no porque fuera perfecto o heroico, sino porque confiaba en el Dios que da vida a los muertos. Y esto, sin duda, apunta hacia la resurrección de Jesús.

Las palabras «23 Y esto de que «se le tomó en cuenta» no se escribió sólo para Abraham, 24 sino también para nosotros. Dios tomará en cuenta nuestra fe como justicia, pues creemos en aquel que levantó de entre los muertos a Jesús nuestro Señor. [Romanos 4:23-24 NVI](#)

Esta es nuestra historia. Abraham confió en Dios para que le diera vida donde no la había: un hijo en su vejez. Y los cristianos confían en Dios para algo aún mayor: su Hijo.

Jesús «fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación» (versículo 25). Jesús fue condenado a muerte por nuestros pecados, por el mal que hemos cometido. Fue traicionado, arrestado y ejecutado, pero esto no fue una tragedia sin sentido. Su muerte, su crucifixión, tomó en serio el daño, la fragilidad y el fracaso que caracterizan la vida humana.

Y Jesús no permaneció muerto. Dios lo resucitó para demostrar que el pecado y la muerte no tienen la última palabra. La resurrección es la manera en que Dios dice: «Esta obra está consumada». La resurrección declara que **Dios cumple** fielmente sus promesas.

Una relación renovada con Dios está ahora al alcance de todos los que confían en él. Juntos, somos invitados a formar parte de una nueva familia, una nueva vida, una nueva manera de ser y de relacionarnos con el mundo. Esta nueva vocación colectiva, este nuevo propósito, es compartido. Porque Dios cumple sus promesas, podemos convertirnos en una comunidad donde las promesas se cumplen, donde la confianza se reconstruye y donde las personas se sienten seguras. La fe y la confianza en Dios son ahora parte de nuestra vida en común como Cuerpo de Cristo.

Dios cumple sus promesas.

En esencia, la carta a los Romanos es la buena noticia de lo que Dios ha hecho en Jesucristo para la salvación del mundo. La justicia no se obtiene mediante el cumplimiento de la ley, los logros humanos ni el desempeño moral. Se recibe como un don de la gracia, por medio de la fe. La justicia que nos justifica ante Dios no se alcanza; se recibe. Y se recibe por medio de la fe, la confianza en el Dios que resucita a los muertos.

Se nos invita a afrontar la verdad sobre nosotros mismos junto con la verdad sobre quién es Dios. Al igual que Abraham, miramos con honestidad la realidad: nuestras limitaciones, nuestra debilidad, nuestra tendencia a confiar en nosotros mismos. Y, sin embargo, también se nos llama a ver algo más sólido: Dios es más fiel que nosotros y jamás nos defraudará. Dios nos acompaña en la verdad sobre nosotros mismos y hace por nosotros lo que nosotros no podemos hacer.

Dado que se trata de un don, la fe -entendida como confianza- ocupa un lugar central. Desafía nuestro orgullo y nuestra autosuficiencia. No estamos llamados a confiar en nosotros mismos, sino en nuestro Padre celestial. De esta manera, todos nos encontramos en igualdad de condiciones ante Dios.

La promesa hecha a Abraham finalmente condujo a Jesús. Jesús nació en la descendencia de Abraham, pero fue mucho más que un simple descendiente. En Jesús, Dios mismo entró en la historia humana. Dios entró en nuestro mundo como Jesús. Jesús confió plenamente en el Padre por nosotros. Jesús vivió la vida de fidelidad que nosotros no podíamos vivir. Jesús murió la muerte que merecíamos. Jesús comparte su relación con el Padre con nosotros a través del Espíritu.

Gracias a que **Dios cumple sus promesas**, podemos formar una comunidad donde se cumplen las promesas, donde se fomenta la confianza y donde las personas están seguras. Dios no solo salva a individuos, sino que nos salva y nos forma juntos en una comunidad amorosa que refleja su misión de restaurar el mundo. Y Dios nos incluye en esa misión, porque Jesús ya realizó la obra.

Si lo analizamos con perspectiva, podemos ver que toda la Trinidad está involucrada en esta historia de salvación. El Padre hace la promesa. El Hijo la cumple. El Espíritu la hace realidad en nosotros.

Dios cumple sus promesas.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. ¿Cómo han influido las experiencias de traición -ya sea como víctima o como persona que ha fallado- en tu facilidad o dificultad para confiar en los demás? ¿Cómo podrían esas experiencias afectar tu confianza en Dios?
2. ¿En qué aspectos de tu vida te resulta más difícil confiar en Dios ahora mismo? ¿Qué significa «tener esperanza contra toda esperanza» sin negar la realidad?
3. ¿Qué diferencia supone saber que estamos invitados a formar parte de la relación de confianza que Jesús tiene con el Padre?
4. El sermón concluye diciendo que, dado que Dios cumple sus promesas, estamos llamados a ser una comunidad donde las promesas se cumplen y la confianza se fortalece. ¿Cómo se vería esto en la práctica en tu congregación esta semana?

Sermón del 14 de junio de 2026 - Domingo 6

En medio de las dificultades y la incertidumbre, la fe nos recuerda que Dios siempre escucha el clamor de sus hijos. Así como una llamada de auxilio busca una respuesta inmediata, la oración nos acerca a un Padre fiel que nunca abandona y cuya gracia sostiene aun en los momentos más difíciles. Aunque las respuestas no siempre lleguen de la manera o el tiempo que esperamos, podemos vivir con la confianza de que Dios obra con amor, fortaleciendo nuestra esperanza y guiándonos con fidelidad en cada etapa del camino.

[Salmo 116:1-2](#) , [12-19](#) • [Génesis 18:1-15](#) , [\(21:1-7\)](#) • [Romanos 5:1-8](#) • [Mateo 9:35-10:8](#) ,

El tema de hoy es: **Dios demuestra su amor por nosotros** . Nuestro salmo de llamado a la adoración es una respuesta de profunda gratitud al Señor que escucha nuestros clamores y nos rescata de las dificultades. La lectura del Antiguo Testamento del Génesis presenta la promesa dada a Abraham y Sara de tener un hijo en su vejez, una promesa tan inverosímil que Sara se ríe; sin embargo, el Señor es fiel y cumple su promesa. La lectura epistolar de Romanos resalta el amor de Dios derramado a través de Cristo, quien murió por nosotros no cuando éramos fuertes o justos, sino precisamente cuando éramos débiles e indignos. El texto del Evangelio de Mateo muestra la compasión de Jesús por la multitud y su envío de los discípulos a proclamar las buenas nuevas, sanar y restaurar, revelando a un Dios que confía a personas comunes una labor extraordinaria.

Recordatorio: *Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones del LCR (Leccionario Común Revisado) de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No es para ser incluido en el sermón.*

Dios demuestra su amor por nosotros

[Romanos 5:1-8 NRSV UE](#)

El domingo pasado escuchamos la buena noticia de que Dios cumple sus promesas al darnos una relación correcta con Él. No ganamos ni alcanzamos una relación correcta con Dios, sino que la recibimos como un don. Nuestra relación con Dios se fundamenta firmemente en la gracia, como un regalo; no es algo que ganemos. La gracia es el amor generoso de Dios que nos da perdón, vida nueva y fortaleza, antes de que lo merezcamos y sin importar nuestras obras. Y la gracia se

fundamenta en lo que Jesús ya hizo por nosotros en su vida, muerte y resurrección. Vimos que nos sentimos atraídos a confiar en el Dios que da vida de la muerte, cuando el Padre cumple su promesa en el Hijo y la hace realidad en nosotros por medio del Espíritu. Dios ya ha demostrado ser digno de confianza, y tú también puedes confiar en él hoy. El pasaje de hoy describirá cómo es esta vida en la gracia. Y veremos cómo **Dios demuestra su amor por nosotros.**

Por lo tanto, justificados por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, ² por quien hemos obtenido acceso a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de participar de la gloria de Dios. ³ Y no solo eso, sino que también nos gloriamos en nuestras tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce perseverancia, ⁴ y la perseverancia produce carácter, y el carácter produce esperanza, ⁵ y esta esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.

⁶ Porque cuando aún éramos débiles, a su debido tiempo Cristo murió por los impíos. ⁷ Ciertamente, difícilmente alguien morirá por un justo; aunque quizás por una persona buena alguien se atrevería a morir. ⁸ Pero Dios demuestra su amor por nosotros en que, cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros.

[Romanos 5:1-8 NVI](#)

Hay tres cosas que ya posees en Cristo: tres realidades que tenemos gracias a Jesucristo. Es importante destacar que estas tres cosas no se presentan como logros que debamos alcanzar o adquirir por nuestros propios méritos, sino como tres realidades que los creyentes ya poseen.

Lo primero que ya tenemos es la justificación. «... hemos sido justificados por la fe...» Ya has sido justificado ante Dios. Puede resultar difícil comprender la realidad de las palabras «hemos sido». Esto significa que **ya hemos sido** justificados.

¿Cómo es posible esto si tan a menudo volvemos a caer en el pecado o no elegimos una relación correcta con Dios o con los demás?

El pecado no se limita a las malas acciones que causan daño; es la profunda y retorcida condición que nos aleja de Dios y de los demás. En nuestra vida diaria, nos percatamos dolorosamente de nuestra gran necesidad, como pecadores, de ser justificados. Podemos llegar a la conclusión de que **aún no** somos justos y que nuestra justificación, el que seamos enmendados, todavía está en el futuro. Nos convencemos fácilmente de que la justicia es una meta que debemos alcanzar, en lugar de una realidad presente que debemos recibir.

Pero esto no es simplemente una justificación potencial o posible en el futuro. Es una justificación ya consumada y real. Y hemos sido justificados «por la fe». Eso es importante. Sin embargo, no significa que nuestra fe sea lo que nos justifica o nos salva.

Más bien, la fe consiste en confiar en Jesús para nuestra salvación. Solo en él tenemos justificación. La justicia que poseemos es la misma justicia de Cristo, que él nos otorga mediante la obra del Espíritu. Cristo Jesús tiene una relación perfecta y justa con el Padre. Y debido a nuestra unión con Cristo, él comparte su justicia, su relación justa con nosotros, por medio del Espíritu.

De esta manera, la fe es un medio para recibir, no para lograr. No cultivamos nuestra fe para alcanzar nuestra propia justificación. Más bien, al confiar en Jesús, recibimos lo que él ya ha hecho por nosotros. E incluso la fe es un don que se fortalece a medida que conocemos más a Dios en Jesucristo. No hay nada que hagamos que nos justifique.

Así pues, saber que Dios nos ha dado la justificación produce fe. **Dios demuestra su amor por nosotros**, para que podamos confiar en él.

Hoy se nos recuerda y anima a vivir nuevamente en la fe de Jesucristo, quien siempre nos es fiel. Se nos recuerda y anima a apartarnos una vez más de otros objetos que compiten con nuestra fe. No depositamos nuestra confianza en ninguna otra persona, cosa o ideología para justificarnos. Solo en Cristo, quien es fiel para darnos su justicia, podemos depositar toda nuestra confianza y lealtad.

El segundo don que recibimos como parte de esta justificación es la paz con Dios. Repito, «tenemos *paz* con Dios», no porque debamos alcanzarla por nuestros propios medios. Aunque busquemos y persigamos la paz ([Salmo 34:14](#)), nuestros esfuerzos no lograrán la reconciliación con Dios. Pero el Dios de la gracia, revelado en Jesucristo, toma nuestro pecado y nuestra culpa y los vence. Él anula sus consecuencias de muerte y alejamiento de Dios para reconciliarnos con Él.

Todo esto se realiza «por medio de nuestro Señor Jesucristo», nuestro Sumo Sacerdote, quien media nuestra paz con Dios limpiándonos de nuestros pecados y vistiéndonos con su justicia.

Repito, esta es una realidad que recibimos por fe, no por obras. No tenemos que ganarnos el favor del Padre con nuestras obras. ¿Cómo podría esto cambiar nuestra forma de vivir el día a día? No estamos llamados a acobardarnos ante un dios enojado con nosotros que busca sorprendernos en algún pecado para castigarnos al instante. Tenemos paz con el Padre. Sus pensamientos hacia nosotros son solo para nuestro bien.

La paz, entendida bíblicamente, es una paz activa. Busca el bien de los demás. No se trata simplemente de un alto el fuego ni de la ausencia o el fin del conflicto. Es una relación dinámica, intencional y activa orientada al bien del otro. Esto significa que el Padre no ignorará nuestros pecados ni nuestras faltas. Al contrario, ese no sería un Padre amoroso que vela por nuestro bienestar. Sería un dios indiferente a nosotros o que no se preocupa si nos autodestruimos.

No, el Padre se preocupa profundamente por nuestras decisiones. ¿Por qué? ¿Acaso porque si no somos «buenos», Dios no nos amará? Nuestras decisiones pueden causar daño o amor, traer paz o conflicto. Nos pertenecemos los unos a los otros y nuestras decisiones influyen en quienes nos rodean. Ya tenemos una relación correcta con Dios y con los demás; vivamos en esa realidad. Confiemos en ella.

Nuestras decisiones reflejan en qué depositamos nuestra confianza. Dios nos llama constantemente a confiar en él. No es un Dios indiferente. **Dios demuestra su amor por nosotros.**

Pasemos al versículo 2 para ver la tercera cosa que “tenemos” por fe:

...2 También por medio de él, y mediante la fe, tenemos acceso a esta gracia en la cual nos mantenemos firmes. Así que nos regocijamos en la esperanza de alcanzar la gloria de Dios. [Romanos 5:2 NVI](#)

Jesús no solo nos introduce en una vida de paz con el Padre, sino que también nos trae la vida de gracia del Padre. Y, de nuevo, esta es una vida que ya poseemos. Además, hemos obtenido la gracia de tal manera que podemos decir que permanecemos firmes en ella; estamos establecidos en ella, vivimos en ella. Nuestra relación con el Padre está asegurada por su gracia.

Al igual que la paz de Dios, su gracia también actúa para nuestro bien. La gracia de Dios no es una excepción ni un privilegio, sino una voluntad firme y decidida de llevarnos plenamente a la vida justa que tiene preparada para nosotros. Por eso Pablo puede afirmar: «Así que nos regocijamos en la esperanza de alcanzar la gloria de Dios.» (NVI). La gloria de Dios es nuestro destino.

La esperanza es un fruto que Dios produce en nosotros. Y no se trata de la esperanza que un niño pueda tener de recibir un postre. Puede que lo consiga o no; la esperanza no tiene nada que ver con eso. La esperanza que tenemos en Cristo es una esperanza segura, una realidad garantizada que sabemos que está presente ahora y que se manifestará plenamente en el futuro. Vivir con esta esperanza fundamenta todos nuestros pensamientos y acciones en la certeza de quién es Dios y lo que ha hecho para llevarnos a la gloria de Dios. Hacia allí nos dirigimos, y tenemos la absoluta seguridad de que Él nos guiará hasta allí.

Continuamos leyendo:

Y no solo en esto, sino también en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, entereza de carácter; la entereza de carácter, esperanza. [Romanos 5:3-4 NVI](#)

Esto puede sonar extraño al principio. ¿Por qué alguien se jactaría o celebraría las aflicciones o el sufrimiento? Esto no significa que el sufrimiento sea bueno. No significa que Dios envíe o cause nuestro sufrimiento. Pero como Dios es tan amoroso y fiel, puede crear algo significativo y beneficioso incluso a partir del sufrimiento. Por lo tanto, el sufrimiento no tiene la última palabra. Dios está obrando incluso en medio del sufrimiento.

Para los cristianos, sabemos que todo nuestro sufrimiento se concentra en el sufrimiento de Cristo. De hecho, lo que vemos en la cruz es a Jesús participando de nuestros propios sufrimientos. Los ha hecho suyos. Sufrió **por nosotros** para transformar el sufrimiento. Y como estamos unidos a Jesús, cuando sufrimos, él está con nosotros, en nosotros.

Gracias a lo que Cristo hizo en la cruz, incluso nuestros sufrimientos ahora tienen el noble propósito de llevarnos a la vida gloriosa que el Padre tiene reservada para nosotros. Como dice Pablo, nuestros sufrimientos ahora “producen” algo. Se suman a la “perseverancia”, que es una espera paciente en el Señor. Podemos perseverar con confianza porque sabemos que Jesús es fiel a nosotros, a pesar de que nuestras circunstancias puedan indicar lo contrario.

Mediante esta dinámica, nuestros sufrimientos forjan nuestro carácter, lo cual, a su vez, nos llena de esperanza. De esta manera, la esperanza se convierte en el pilar que guía la vida del creyente, independientemente de las dificultades que atraviese. Mientras tanto, **Dios demuestra su amor por nosotros** al transformarnos a su imagen.

Leamos más sobre la esperanza:

...Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha derramado su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo que nos ha dado.. [Romanos 5:5 NVI](#)

Esta esperanza es una esperanza de resurrección que no nos defrauda. No seremos avergonzados, humillados ni decepcionados por depositar nuestra esperanza en Jesús. Jesús fue vindicado mediante su resurrección; nosotros tampoco seremos abandonados por el Padre. El sufrimiento culminará en gloria.

Y tenemos la certeza de esto gracias a otra realidad que ya se ha cumplido: que el Espíritu Santo ya ha venido a nosotros y ha derramado el amor de Dios en nuestros corazones. El Espíritu Santo es una señal y un sello de que lo que nos está dando ahora es lo que recibiremos eternamente en el futuro.

El amor es también un fruto que Dios produce en nosotros. A medida que conocemos mejor quién es Dios para nosotros, recibimos cada vez más su amor, lo que nos permite amar a los demás con el mismo amor que recibimos. No necesitamos crear nuestro propio amor para el mundo. El amor del Padre no se mantiene a distancia para que intentemos imitarlo. Se nos da a través del Espíritu Santo para que participemos de él con todo nuestro corazón, mente, alma y fuerzas.

Ahora centramos nuestra atención en la cruz para una revelación más completa del amor de Dios.

6 A la verdad, como éramos incapaces de salvarnos, en el tiempo señalado Cristo murió por los impíos. 7 Difícilmente habrá quien muera por un justo, aunque tal vez haya quien se atreva a morir por una persona buena. 8 Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros.

[Romanos 5:6-8 NVI](#)

En estos versículos, vemos la naturaleza radical del amor de Dios. Este no es un amor reservado para los fuertes o perfectos, sino que ha llegado y sigue llegando a los pecadores débiles e impíos.

Estos versículos nos confrontan con dos realidades. Primero, no podemos ganarnos el amor de Dios. Nuestro orgullo puede resistirse a la cruda realidad de nuestra pecaminosidad, plasmada en las palabras «débiles», «impíos» y «pecadores». No solo somos pecadores impíos, sino que somos demasiado débiles para remediarlo. No hay lugar para justificarnos ni para mejorar nuestra situación.

Para volverse al Señor, uno debe darse cuenta de que hay algo de lo que apartarse. No se gana vida aferrándose a nuestra miserable condición. Recordemos que dijimos que el pecado es la condición profunda y retorcida que nos inclina hacia caminos que traen muerte y destrucción.

El amor de Dios se manifiesta en medio de esa condición tan difícil. Jesús es la manifestación misma del amor de Dios hacia nosotros, incluso en nuestra pecaminosidad.

Dios demuestra su amor por nosotros. Él da los primeros pasos hacia sus amados hijos cuando somos débiles, propensos al mal e incapaces de corregirnos a nosotros mismos. En Cristo, recibimos una revelación de un Dios que es amor en toda su plenitud. Él nos ama porque esa es su esencia.

Y es importante mencionar que Dios no ama nuestro pecado. Su amor nos impulsa a erradicarlo y no a dejarnos en nuestro estado de debilidad, impiedad y pecado. Su amor busca perfeccionarnos y llevarnos a su gloria. La Biblia proclama el amor de Dios cuando advierte sobre los muchos pecados que nos acechan. Nuestro Padre amoroso sabe que no fuimos creados para pecar. Él actúa para eliminar todo lo que nos perjudica.

Todo se basa en la gracia. Es una gracia en la que podemos confiar plenamente, que nunca nos defraudará ni nos defraudará. Es una gracia que brota de la fidelidad de Dios hacia nosotros. Desde nuestra perspectiva, es tentador resistir la gracia de Dios porque parece demasiado buena para ser verdad. Pero el Señor no miente. Él ha venido verdaderamente para darnos una vida abundante, la misma vida que comparte con su Padre en el Espíritu. Es una vida que no nos decepcionará. Al final, no nos avergonzaremos de nuestra decisión de confiar en Jesús y seguirlo.

Hoy se nos anima a recibir todo lo que el Señor tiene para nosotros. Se nos recuerda que nos mantenemos firmes en la gracia que Dios nos da. Vivamos en la fe, la paz y la esperanza que brotan de la vida de Dios en nosotros.

El Señor sigue llamándonos. Constantemente, por medio del Espíritu, busca revelarse a nosotros. Desea que sepamos que el Padre es sorprendentemente fiel, con un amor que jamás nos avergonzará, decepcionará ni nos dejará insatisfechos. ***Dios demuestra su amor por nosotros.***

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. El sermón enfatiza que la justificación, la paz con Dios y la gracia son realidades que ya poseemos, no cosas que debemos ganar o alcanzar. ¿En qué áreas te cuesta más recibir lo que Dios ya te ha dado, y dónde sientes aún la presión de "demostrar tu valía", ya sea a Dios o a los demás?
2. La frase «Dios demuestra su amor por nosotros» se repite a lo largo del sermón como fundamento para confiar en Dios. ¿Qué te dificulta confiar en Dios ahora mismo y cómo la cruz transforma o desafía esas dudas?
3. Romanos 5 describe el sufrimiento como algo que Dios utiliza para producir perseverancia, carácter y esperanza, no como algo que Dios provoca para nuestro mal. ¿Cómo sería confiar en que Dios sigue obrando incluso cuando las circunstancias parecen abrumadoras?
4. ¿Cómo has experimentado el amor de Dios derramado en tu corazón, y cómo podría el Espíritu invitarte a extender ese mismo amor a los demás en este momento?

Sermón del 21 de junio de 2026 - Domingo 7

La vida cristiana es una invitación a dejar atrás aquello que nos aleja de Dios para vivir plenamente en la gracia y la transformación que Cristo ofrece. Al identificarnos con la muerte y resurrección de Jesús, aprendemos que nuestro pasado, nuestras heridas y viejos hábitos ya no tienen la última palabra. En Cristo encontramos una nueva vida marcada por el amor, la libertad y la capacidad de mirar a los demás con compasión, reconociendo la dignidad y el valor que Dios ha puesto en cada persona.

[Salmo 69:7-10](#) , [\(11-15\), 16-18](#) • [Jeremías 20:7-13](#) • [Romanos 6:1b-11](#) • [Mateo 10:24-39](#)

El tema de hoy es que **Dios nos ha liberado del pecado**. Las Escrituras nos muestran que el amor de Dios acompaña a las personas en medio de la lucha y el dolor, y las conduce a la libertad que se encuentra en Cristo. El Salmo 69 da voz a alguien que se siente solo y abrumado, pero que aún confía en que Dios lo ve y lo sostiene. El salmo no es solo un grito de dolor; es una oración de confianza en un Dios fiel. En Jeremías 20, el profeta se siente agotado y rechazado, pero la palabra de Dios vive en él como un fuego que le da fuerza y propósito. En Mateo 10 , Jesús habla con honestidad sobre el costo de seguirlo, pero también revela una verdad más profunda: que la vida plena se encuentra al pertenecerle y compartir su amor. En Romanos 6 , Pablo proclama que, a través de Jesús, estamos unidos a su muerte y a su nueva vida, no por esfuerzo, sino por gracia. En conjunto, estas escrituras nos muestran que Dios nos da fuerza, valor, esperanza y nueva vida, no como algo que nos ganamos, sino como un don del que estamos invitados a vivir.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de LCR (Leccionario Común Revisado) de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón, pero no es para que se incluya en el mensaje.

Dios nos ha liberado del pecado.

[Romanos 6:1b-11](#)

¿Te has preguntado alguna vez: si Dios ya nos ama y nos perdona, ¿realmente importa cómo vivamos? Hoy escucharemos a Pablo hacer esa misma pregunta, y su respuesta es mejor de lo que podríamos esperar.

La semana pasada hablamos de la gracia, del amor de Dios que nos encuentra justo donde estamos. Esta semana, Romanos 6 nos invita a preguntarnos qué hace realmente esa gracia en la vida de una persona.

Sabemos lo que es desear un cambio pero sentirse atrapado en viejos patrones. Romanos 6 aborda directamente esa tensión con un anuncio sobre lo que Dios ya ha hecho por nosotros en Cristo Jesús.

Escucharemos las buenas nuevas de lo que el Padre logró a través del Hijo y que el Espíritu Santo está haciendo realidad en nosotros. Esta es una historia sobre cómo hemos sido llevados a una nueva vida que no fue creada por nosotros.

Romanos 6, como palabra de Dios para nosotros, no es un plan de autoayuda ni instrucciones sobre cómo renovarnos. Este pasaje es una declaración de que, en Cristo Jesús, ya somos nuevos.

Leamos [Romanos 6:1b-11](#) : Muertos al pecado, vivos en Cristo

6 ¿Qué concluiremos? ¿Vamos a persistir en el pecado para que la gracia abunde? 2 ¡De ninguna manera! Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo podemos seguir viviendo en él? 3 ¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte? 4 Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte. De modo que, así como Cristo resucitó por el glorioso poder del Padre, también nosotros andemos en una vida nueva.

5 En efecto, si hemos estado unidos con él en una muerte como la suya, sin duda también estaremos unidos con él en su resurrección. 6 Sabemos que nuestra vieja naturaleza fue crucificada con él para que nuestro cuerpo pecaminoso perdiera su poder, de modo que ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado; 7 porque el que muere queda liberado del pecado.

8 Ahora bien, si hemos muerto con Cristo, confiamos en que también viviremos con él. 9 Pues sabemos que Cristo, por haber sido levantado de entre los muertos, ya no puede volver a morir; la muerte ya no tiene dominio sobre él. 10 En cuanto a su muerte, murió al pecado una vez y para siempre; en cuanto a su vida, vive para Dios.

11 De la misma manera, también ustedes considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. [Romanos 6:1b-11 NVI](#)

Quién es Dios

Al leer la Biblia, un buen punto de partida es preguntarse: ¿qué nos dice este pasaje acerca de Dios? Y el comprender quién es Dios, nos revela quiénes somos nosotros.

Lamentablemente, algunas personas tienen esta visión estrecha de Dios:

- Dios tiene una lista de reglas.
- Romper esas reglas se llama pecado.
- Dios nos manda no pecar.
- Dios nos castiga cuando pecamos.

Y lo que es peor, algunos creen que las "reglas" son tan aleatorias y arbitrarias como abrir una bolsa de caramelos y decir: puedes comerte los rojos, pero no los amarillos.

No. Dios no es así. Y Romanos 6 nos ayuda a ver que eso no es cierto.

Dios nos ha mostrado lo que lleva a la muerte. Dios nos ha mostrado qué formas de vida nos alejan de la plenitud y la vida plena, y a eso lo llama pecado. ¡Pero Dios no nos dejó ahí! Dios se encargó del pecado por nosotros. En Jesús, Dios rompió el poder del pecado de una vez por todas.

Dios nos ha liberado del pecado.

Como ya hemos mencionado, en nuestros sermones de este mes hemos hablado de la gracia. Somos justificados, reconciliados con Dios, por su gracia como un don. La gracia es Dios dándonos amor, perdón y vida nueva como un regalo.

En cierto modo, el versículo 1 pregunta: si ya hemos sido perdonados y se nos ha concedido la gracia, ¿importa cómo vivamos? ¿Acaso nuestras decisiones y acciones son importantes?

¿Qué concluiremos? ¿Vamos a persistir en el pecado para que la gracia abunde?

[Romanos 6:1b NVI](#)

La respuesta es: ¡De ninguna manera debemos seguir pecando! El pecado destruye. El pecado es cualquier forma de vida que nos aleja —a nosotros y a los demás— del amor, la sanación y la armonía que Dios desea para nosotros. Reconocemos el pecado cuando vemos daño, egoísmo o sufrimiento.

La gracia no es un pase libre para seguir haciéndonos daño a nosotros mismos o a los demás. La gracia no es Dios diciendo: «Tu pecado no importa». La gracia es Dios diciendo: «Te estoy rescatando de lo que te está destruyendo».

Así pues, no continuamos pecando, no porque debamos demostrar nuestra valía a Dios o evitar el castigo, sino porque algo ya nos ha sucedido en Cristo Jesús: hemos muerto al pecado.

¿Cómo podemos nosotros, que hemos muerto al pecado, seguir viviendo en él?

[Romanos 6:2 NVI](#)

No significa que los cristianos nunca más tengan dificultades. Significa que el pecado ya no nos controla. Nuestra relación con el pecado ha cambiado. Ya no pertenecemos a esa vida de antes.

Dios nos ha liberado del pecado.

Ahora Pablo explica por qué los creyentes han muerto al pecado: porque se han unido a Jesús. Versículos 3-4:3

¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte? 4 Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte. De modo que, así como Cristo resucitó por el glorioso poder del Padre, también nosotros andemos en una vida nueva. [Romanos 6:3-4 NVI](#)

¿Cómo es que morimos y fuimos sepultados con Cristo Jesús? ¿Y cómo es que resucitamos de entre los muertos con Cristo?

Porque nos hemos unido a Jesús. En Jesús, Dios ha unido a la humanidad consigo mismo. Y, en un misterio asombroso, eso incluye **a toda** la humanidad: pasado,

presente y futuro. Así es como podemos ser incluidos en la muerte, sepultura y resurrección de Jesús, aunque ocurrieron antes de que naciéramos. Esta inclusión, esta unión, se fundamenta en la Encarnación. Así, cuando Dios se hizo hombre en Jesús, asumió nuestra humanidad. Y la sanó y renovó desde dentro.

Esto significa que la unión con Cristo no es meramente espiritual o simbólica. La unión transformó la naturaleza misma de nuestro ser. (A esto lo llamamos unión ontológica).

Bautismo

En esta carta a la iglesia de Roma, Pablo relaciona nuestra participación en la muerte de Cristo Jesús con el bautismo. El bautismo es una práctica en la que usamos agua para mostrar esta realidad: nuestra unión con Jesús. El bautismo no crea ni activa la unión, sino que señala esa realidad. Sumergirnos en el agua simboliza morir y ser sepultados con Cristo. Por eso, a veces nos referimos al bautismo como una «sepultura acuática». Salir del agua simboliza resucitar con Cristo.

“Porque si hemos sido unidos a él en una muerte semejante a la suya, ciertamente también lo seremos en una resurrección semejante a la suya.” [Romanos 6:5 NVI](#)

El bautismo es una representación de morir y resucitar unido a Cristo.

Quizás tengas curiosidad sobre el bautismo. El bautismo es para todos. Si deseas bautizarte o aprender más sobre el bautismo, estaremos encantados de ayudarte. El bautismo es una forma visible de decir: Pertenezco a Jesús, y su historia ahora es la mía.

Lo que Jesucristo hizo cuenta para nosotros. Su cruz se convierte en nuestra cruz. Su sepultura se convierte en nuestra sepultura. Su resurrección se convierte en nuestra resurrección. El bautismo es un símbolo de nueva vida en Cristo y de liberación del pecado.

Dios nos ha liberado del pecado.

En Cristo, caminamos en novedad de vida. Mediante esta nueva vida, participamos del amor y damos fruto del Espíritu Santo. El «fruto del Espíritu Santo» son las cualidades que Dios, por medio del Espíritu, cultiva o produce en nosotros: rasgos como el amor, la paciencia, la bondad, la paz y el dominio propio. Son las señales visibles de que Dios nos está transformando y creando plenitud en nuestro interior.

¿Por qué no leer sobre ello esta semana? Lo encontrarás en Gálatas 5. También puedes leer una lista de cualidades deficientes o mal formadas que son lo opuesto a lo que el Espíritu Santo produce en nosotros.

No persistimos en los viejos hábitos ni en la vieja forma de pensar que no reflejan nuestra nueva vida en Cristo. El versículo 6 lo llama el viejo yo. ¿Por qué continuaríamos? Ya no somos quienes somos. El viejo yo ha muerto.

6 Sabemos que nuestra vieja naturaleza fue crucificada con él para que nuestro cuerpo pecaminoso perdiera su poder, de modo que ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado; 7 porque el que muere queda liberado del pecado.. [Romanos 6:6-7 NVI](#)

El viejo yo fue crucificado con Cristo. No fue una mejora gradual. No fue entrenado. No fue controlado. Fue crucificado. Muerto. Acabado. Esto significa que el pecado ya no nos posee. La vergüenza ya no nos define. El miedo ya no nos domina. El pasado ya no nos controla. No porque nos volviéramos fuertes, sino porque Cristo fue fuerte por nosotros.

Dios nos ha liberado del pecado.

En Jesús, Dios se hizo hombre y no vino a gestionar nuestro pecado, sino que lo cargó en nuestro lugar. No vino a evitar la muerte, sino que la sufrió por nosotros. Absorbió la fragilidad del mundo en su propio cuerpo.

Esto es lo que Dios ya hizo en Cristo. Esto es lo que la cruz logró y lo que la tumba vacía confirmó. Esto es lo que el bautismo proclama: estás unido a Jesús, y su historia es ahora tu historia.

Dios nos llama a participar de la libertad amorosa de una nueva vida en Cristo. Es como la puerta de una prisión que ya se ha abierto. Las cadenas ya se han roto. No hay guardias que te impidan salir. La puerta está abierta. La libertad ya es tuya. Pero algunos siguen encerrados porque no confían en que la puerta esté realmente abierta. Pablo le dice a la iglesia: ya no estás atrapado. Ya no eres dueño del pecado. Ya no te gobierna la muerte. Ya no te define tu pasado. Pertenece a Cristo.

Cristo nos da su vida. Comparte su aliento con nosotros. Comparte su futuro con nosotros. Comparte su libertad con nosotros.

Estamos unidos a Cristo en su resurrección. Esto significa que el poder que resucitó a Jesús es el mismo que obra en nosotros. No porque lo hayamos ganado. No porque lo merezcamos. Sino porque Dios es generoso y fiel.

Es como una lámpara en tu sala de estar. Puede ser bonita, nueva e incluso tener una buena bombilla. Pero por mucho que lo intente, no puede brillar por sí sola. Una lámpara no tiene poder propio. No crea electricidad, la recibe. La luz fluye de la fuente.

Nosotros no creamos la vida; Dios la da. Nosotros no producimos la santidad; Dios la cultiva. Nosotros no nos salvamos; Cristo nos salva. Nosotros no resucitamos; Dios nos resucita. No resucitamos a una nueva vida por nuestra fuerza o disciplina; resucitamos porque Dios es fuerte.

El Espíritu Santo es Dios con nosotros y en nosotros, capacitándonos para vivir esta nueva vida. Esto es lo que el Espíritu Santo produce en nosotros: nuevos deseos, nuevas esperanzas, nuevo valor, nuevo amor, nueva paz, nueva paciencia. Esto es lo que Dios cultiva en nosotros: confianza, bondad, misericordia, perdón, fe. No porque seamos fieles, sino porque Dios es fiel.

8 Ahora bien, si hemos muerto con Cristo, confiamos en que también viviremos con él. [Romanos 6:8 NVI](#)

Seguimos luchando. Seguimos fallando. Seguimos cayendo. Pero ya no caemos solos. Ya no nos levantamos solos. Pertenece a Cristo. Romanos 6 nos recuerda que la vida verdadera proviene de nuestra unión con Cristo. La vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo fluye en nosotros. Nuestras acciones no la hacen realidad, pero experimentamos nuestra unión con Dios al confiar, al estar presentes, al recibirla y al participar en ella.

Tal vez estés pensando: “No puedo presentarme y participar. Todavía lucho con viejos hábitos; tengo dudas y preguntas. Hay tantas cosas que no entiendo del todo”.

Aquí está la buena noticia: Jesús no solo muere por nosotros. También cree, obedece, ora y adora por nosotros.

Nuestra fe débil se sustenta en su fe perfecta. Nuestra incapacidad para evitar siempre el pecado se integra en su vida perfecta y sin pecado. Jesús ya vivió la vida humana perfecta para Dios, y nosotros participamos de ella.

Así pues, te damos la bienvenida al Cuerpo de Jesús, la Iglesia, y a esta congregación con todas tus preguntas, dudas y dificultades. Rara vez crecemos solos. Nos transformamos y nos formamos juntos. Al compartir la vida, Dios nos transforma en su pueblo, que refleja su amor al mundo. En comunidad, la gracia se hace tangible.

Considérate a sí mismo

Este pasaje termina con palabras contundentes:

11 De la misma manera, también ustedes considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. [Romanos 6:11 NVI](#)

Contéstate a ti mismo. Considérate a ti mismo. Mírate muerto al pecado y vivo para Dios. Es como si Pablo te mostrara un espejo: «¡Mira! Esto. Este es quien realmente eres».

Dios ya te ha considerado muerto al pecado y vivo en Cristo. ¡Despierta a esta realidad! ¡Reconócela en ti mismo!

¿Conoces a alguien que necesite escuchar esto? ¿Hay alguien esta semana que necesite que le muestres la realidad y le digas: «Mira, este eres tú... renovado en Cristo»? Como Cuerpo de Jesús, podemos vivir esta buena noticia en nuestro vecindario. Unámonos a Jesús en su misión constante de renovar todas las cosas. **Dios nos ha liberado del pecado.** Es una realidad. Ojalá podamos reconocer que también es cierto para nosotros mismos.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos ofrecen esta sencilla y santa invitación: Ven y descansa en lo que Cristo hizo. Ven y confía en que la cruz fue suficiente. Ven y cree que la tumba estaba y está vacía. Ven y participa de la vida que Cristo te da. Ven y vive como alguien que ya es libre. Ven y vive en el amor que nunca falla. El evangelio simplemente significa buenas noticias: buenas noticias acerca de lo que Dios ha hecho por nosotros en Jesús. Y este es el evangelio de Romanos 6 : Cristo murió por ti. Cristo resucitó por ti. Cristo vive por ti. Cristo reina por ti. Y Cristo comparte su vida contigo.

¡Tu antiguo yo, cautivo del pecado, ha muerto! Eres libre. Por el Espíritu, vives en Cristo. Recuerda quién eres y vive conforme a esa nueva realidad.

Dios nos ha liberado del pecado.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. ¿Cuáles son algunas de las maneras en que la gente malinterpreta la gracia, y cómo desafía este sermón esas suposiciones?
2. ¿Cómo sería, en la práctica, “vivir como alguien que ya está libre de pecado”? ¿Qué lo hace difícil?
3. ¿Cómo ha influido la comunidad (o la falta de ella) en tu fe, tu crecimiento o tu sanación, de forma positiva o negativa?
4. El versículo 11 nos invita a considerarnos muertos al pecado y vivos para Dios. ¿Qué cambiaría esta semana si, junto con la congregación, creyeran que esto ya es cierto para ustedes?

Sermón del 28 de junio de 2026 — Domingo 8

En la vida cristiana, cada llamado de Dios está profundamente conectado con su amor y su gracia. La fe no se trata de reglas vacías, sino de responder a la verdad de que en Cristo hemos sido liberados para vivir una vida nueva. Cuando comprendemos el propósito detrás de las enseñanzas de Dios, descubrimos que sus caminos siempre buscan nuestro bien, guiándonos hacia una relación más plena, libre y transformadora con Él.

[Salmo 89:1-4](#) , [15-18](#) • [Jeremías 28:5-9](#) • [Romanos 6:12-23](#) • [Mateo 10:40-42](#)

Nuestro tema de hoy es que **Cristo Jesús obedece en nuestro favor y comparte su vida con nosotros**. Cada lectura bíblica nos muestra lo que significa confiar en Dios y cómo Él responde con amor, fortaleza y bendición. En el [Salmo 89:1-4](#), [15-18](#), escuchamos un canto de alabanza sobre el amor y las promesas de Dios. El salmista dice que quienes andan en la luz de Dios son bienaventurados. Dios es su fortaleza, su escudo y su alegría. Esto nos muestra que la fidelidad no se trata sólo de deber; también trae profunda felicidad y la sensación de ser amados y protegidos.

El profeta Jeremías se mantiene firme incluso cuando otros pronuncian mensajes falsos pero agradables al oído, como se lee en [Jeremías 28:5-9](#) . Jeremías les recuerda a las personas que la verdadera fidelidad significa escuchar a Dios, no sólo palabras que suenan bien o que confirman nuestras propias opiniones. Nos enseña que seguir a Dios no siempre es sencillo, pero siempre es lo correcto. En [Mateo 10:40-42](#) , Jesús dice que incluso los pequeños actos de bondad hechos en su nombre le importan a Dios. Cuando acogemos, servimos o cuidamos de los demás, no pasamos desapercibidos. Dios está presente en esos momentos. En [Romanos 6:12-23](#) , Pablo nos recuerda que cuando pertenecemos a Dios, pertenecemos a la vida. Ya no estamos solos. Servir a Dios nos lleva a la libertad, al propósito y a la esperanza. Juntas, estas Escrituras nos dicen que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no nos dejan solos para que resolvamos las cosas por nuestra cuenta. Caminan con nosotros, nos apoyan y nos respaldan en cada paso del camino.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de LCR (Leccionario Común Revisado) de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No es para ser incluido en el sermón.

**Cristo Jesús obedece en nuestro nombre
y comparte su vida con nosotros.**

Romanos 6:12-23 NVI

[Lee o pide a alguien que lea el pasaje.]

¹² Por lo tanto, no permitan ustedes que el pecado reine en su cuerpo mortal ni obedezcan a sus malos deseos. ¹³ No ofrezcan los miembros de su cuerpo al pecado como instrumentos de injusticia; al contrario, ofrézcanse más bien a Dios como quienes han vuelto de la muerte a la vida, presentando los miembros de su cuerpo como instrumentos de justicia. ¹⁴ Así el pecado no tendrá dominio sobre ustedes, porque ya no están bajo la Ley, sino bajo la gracia.

Esclavos de la justicia

¹⁵ Entonces, ¿qué? ¿Vamos a pecar porque no estamos ya bajo la Ley, sino bajo la gracia? ¡De ninguna manera! ¹⁶ ¿Acaso no saben ustedes que cuando se entregan a alguien para obedecerlo, son esclavos de aquel a quien obedecen? Claro que lo son, ya sea del pecado que lleva a la muerte o de la obediencia que lleva a la justicia. ¹⁷ Pero gracias a Dios que, aunque antes eran esclavos del pecado, ya se han sometido de corazón a la enseñanza que les fue transmitida. ¹⁸ En efecto, habiendo sido liberados del pecado, ahora son ustedes esclavos de la justicia.

¹⁹ Hablo en términos humanos, por las limitaciones de su naturaleza humana. Antes ofrecían ustedes los miembros de su cuerpo para servir a la impureza, que lleva más y más a la maldad; ofrézcanlos ahora para servir a la justicia que lleva a la santidad. ²⁰ Cuando ustedes eran esclavos del pecado, estaban libres del dominio de la justicia. ²¹ ¿Qué fruto cosechaban entonces? ¡Cosas que ahora los avergüenzan y que conducen a la muerte! ²² Pero ahora que han sido liberados del pecado y se han puesto al servicio de Dios, cosechan la santidad que conduce a la vida eterna. ²³ Porque la paga del pecado es muerte, mientras que el regalo de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor. [Romanos 6:12-23 NVI](#)

La semana pasada leímos la primera parte de Romanos 6. Escuchamos la buena noticia de que, en Cristo, Dios ya nos ha liberado del pecado. Mediante nuestra unión con Jesús —proclamada en el bautismo— hemos muerto con él y resucitado a una nueva vida. El pecado ya no nos posee, no nos define ni nos gobierna. Nuestro viejo yo ha sido crucificado, y ahora vivimos para Dios en Cristo Jesús.

El pasaje concluía con una invitación a considerarnos muertos al pecado y vivos en Cristo. Y esto nos lleva a la pregunta de hoy: si esto es cierto, que Jesús nos ha liberado del pecado, ¿cómo vivimos ahora conforme a esa realidad?

Pues bien, solo hay una manera de vivir esta realidad: **que Cristo Jesús obedezca en nuestro nombre y comparta su vida con nosotros.**

Como verán en este pasaje, nuestra obediencia es importante. Nuestras decisiones y acciones importan. Pero nuestra obediencia solo es posible porque se da dentro de la realidad de la obediencia de Jesús. En la Encarnación, Dios se hizo hombre en Jesús y vivió la vida que nosotros no podíamos. Confió plenamente en su Padre y lo escuchó, y empoderado por el Espíritu Santo, Jesús vivió una vida sin pecado. Vivió en perfecta obediencia.

Y puesto que Dios, en Cristo Jesús, se ha unido a la humanidad, participamos de su obediencia. Estamos unidos a Jesús, y él comparte su vida con nosotros. A esto lo llamamos la obra vicaria de Cristo, es decir, lo que hizo por nosotros.

Así pues, hablemos de cómo vivimos a la luz de esta realidad.

Instrumentos de amor o instrumentos de daño

Los versículos 12-14 contrastan dos formas diferentes de vivir.

Puedes entregarte por completo al pecado y ser un instrumento de injusticia. O puedes entregarte por completo a Dios y ser un instrumento de justicia.

Desde una perspectiva bíblica, la rectitud se centra ante todo en las relaciones: en mantener una relación correcta con Dios y con los demás. En este sentido, la injusticia es aquello que conduce a la ruptura y al daño en una relación. El pecado, en este contexto, se refiere a los patrones y fuerzas que nos alejan del amor y nos llevan al mal.

Al principio de esta carta, Pablo anuncia la buena noticia de que hemos sido liberados del pecado. Ahora, Pablo pasa de lo que Dios ha hecho a cómo debemos vivir a raíz de ello. Dice: «No dejen que el pecado domine sus vidas».

Y aquí está la clave: No estás bajo la ley (intentando ganar por las obras). Estás bajo la gracia (viviendo de lo que Dios ya te ha dado). Por eso el cambio es posible.

Versículo 15:

¿Debemos pecar porque no estamos bajo la ley sino bajo la gracia? ¡De ninguna manera!

Pablo vuelve a plantear esta pregunta: Si la gracia es gratuita, ¿significa eso que el pecado no importa? Repito: No. No tiene sentido. Ya no eres esa persona.

La vida que vivimos ahora se basa en la confianza en el Padre, y Cristo vive en nosotros por medio del Espíritu.

Cristo Jesús obedece en nuestro nombre y comparte su vida con nosotros.

Escuchemos de nuevo el versículo 16:

¿Acaso no saben que, si se presentan a alguien como esclavos obedientes, son esclavos de aquel a quien obedecen, ya sea del pecado, que lleva a la muerte, o de la obediencia, que lleva a la justicia?

Básicamente es decidir , ¿prefieres obedecer o ser controlado por el daño, o ser controlado por el amor y las relaciones sanas?

La obediencia no se trata de cumplir reglas ni de ganarse la aprobación de Dios. Surge de una relación personal. Amamos porque Dios nos amó primero, y nuestra obediencia se convierte en una expresión de ese amor.

Cuando le preguntaron a Jesús sobre el mandamiento más importante, señaló el amor. El amor a Dios y el amor al prójimo están en el centro de nuestra respuesta a él ([Mateo 22:37-39](#)).

Versículos 17-18:

17 Pero gracias a Dios que, aunque antes eran esclavos del pecado, ya se han sometido de corazón a la enseñanza que les fue transmitida. 18 En efecto, habiendo sido liberados del pecado, ahora son ustedes esclavos de la justicia.

Pablo les recuerda lo que ya ha cambiado. Antes estaban dominados por el pecado.

Han sido liberados del pecado y ahora viven en una nueva dirección. Esto no significa perfección. Significa que su lealtad fundamental ha cambiado.

Cristo Jesús obedece en nuestro nombre y comparte su vida con nosotros.

Versículo 19:

19 Hablo en términos humanos, por las limitaciones de su naturaleza humana. Antes ofrecían ustedes los miembros de su cuerpo para servir a la impureza, que lleva más y más a la maldad; ofrézcanlos ahora para servir a la justicia que lleva a la santidad.

Pablo lo explica de forma muy práctica. Antes, la gente usaba su vida (sus cuerpos, sus decisiones, sus hábitos) de maneras que les causaban daño. Ahora, dice: usen esas mismas partes de su vida de maneras que les lleven al bien, a la sanación y al amor.

En pocas palabras: vive con tus acciones lo que Dios ya ha hecho en ti. Ahora bien, puede resultar difícil, incluso casi imposible, comprender la imagen de la esclavitud. La esclavitud ha causado un daño incalculable. Pablo admite que utiliza un lenguaje humano debido a nuestras limitaciones. Quizás intenta establecer una comparación o analogía que los lectores de su carta puedan comprender, pero sabe que las metáforas y las imágenes nunca son perfectas y resultan insuficientes.

Esto es lo que sabemos. La Biblia, en su conjunto, nos enseña que Dios es amor y que da su vida por sus hijos. Por lo tanto, cuando oímos «esclavos de la justicia» o (más adelante en el versículo 22) «esclavizados a Dios», no se refiere a una posesión opresiva, coercitiva y destructiva, como la que existe en el mundo. No somos posesiones; somos hijos de Dios. Y estamos «ligados» a Dios porque somos suyos y él es nuestro. Pertenece a Dios. Estamos unidos al Padre, en Jesús, por el Espíritu.

En resumen, antes nos dejábamos controlar y dominar por comportamientos que nos hacían daño. Pero en Cristo, el amor reina en nuestros corazones. ¡Qué buena noticia!

Cristo Jesús obedece en nuestro nombre y comparte su vida con nosotros.

Versículos 20-21:

20 Cuando ustedes eran esclavos del pecado, estaban libres del dominio de la justicia. 21 ¿Qué fruto cosechaban entonces? ¡Cosas que ahora los avergüenzan y que conducen a la muerte!

Pablo les pide que reflexionen. Cuando vivían según esas viejas costumbres: ¿Qué resultados obtenían realmente? ¿Cuáles eran las consecuencias? ¿Les traían vida? Su respuesta es implícita: condujo a cosas que ahora provocan vergüenza y que, en última instancia, llevan a la muerte; no solo a la muerte física, sino a una especie de vida rota y vacía.

El pecado nunca da vida de verdad.

Versículo 22:

22 Pero ahora que han sido liberados del pecado y se han puesto al servicio de Dios, cosechan la santidad que conduce a la vida eterna.

Gracias a lo que Dios ha hecho: Estás libre del pecado. Ahora perteneces a Dios. Jesús te ha liberado del pecado. **Y** sigues pecando.

Podríamos decir que esta es una de las paradojas de seguir a Jesús. Una paradoja se da cuando dos verdades parecen contradecirse, pero en realidad ambas son ciertas. En lugar de anularse, se profundizan y refuerzan mutuamente.

Como: ya pero todavía no. Ya estamos libres de pecado. **Todavía no** somos plenamente obedientes al amor. Esta paradoja ayuda a revelar el significado de la santificación.

Ustedes pertenecen a Dios; ahora “el fruto que tienen lleva a la santificación” (versículo 22).

El Espíritu Santo produce en nosotros frutos que nos transforman a la imagen de Dios. La santificación es nuestro caminar y nuestra vida con Dios a lo largo del tiempo. Es Dios apartándonos y formándonos según el amor de Cristo. La santificación no consiste en ser aceptables a Dios, sino en vivir conforme a lo que Dios ya ha hecho realidad en nosotros en Cristo.

Jesús ya te ha liberado del pecado. Y el Espíritu nos guía y nos forma para elegir y actuar de maneras que nos alejen del daño y nos permitan obedecer el amor de Dios. La santificación sostiene la tensión entre estas dos verdades que parecen opuestas. En lugar de negarse mutuamente, revelan una realidad más profunda. ¿Son difíciles de explicar las paradojas y la santificación? Sí. Algunas realidades de Dios son difíciles de explicar con palabras. Esto no significa que la verdad de Dios sea abstracta o distante. Tampoco significa que Dios sea incognoscible.

Las verdades de Dios deben vivirse; el camino de Dios debe experimentarse. Descubrimos y experimentamos la verdad sobre Dios en el transcurso de nuestra vida, en medio de las realidades cotidianas. Se manifiesta en las realidades concretas de nuestras vivencias.

La santificación y la obediencia implican participar activamente en la misión de amor de Jesús en el mundo. Es **a través de nuestra participación** que Dios nos transforma y nuestra comprensión se revela. Al despertar a la verdad y vivir plenamente esta realidad, nuestras mentes y corazones se moldean y transforman. Y deja de ser una cuestión de huir del pecado para convertirse en una carrera hacia el amor. De esta forma, la obediencia no es una carga, sino libertad.

Cristo Jesús obedece en nuestro nombre y comparte su vida con nosotros.

Versículo 23:

23 Porque la paga del pecado es muerte, mientras que el regalo de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor

Pablo concluye con un resumen claro: el pecado tiene un precio: la muerte (una vida que se desmorona). La muerte no es una multa que Dios impone por el pecado; la muerte es el resultado. La muerte es lo que el pecado produce.

Dios nos da un regalo: la vida eterna, una vida real y duradera con Él. Aquí, la vida eterna no significa simplemente vivir para siempre. No se trata de **cuánta** vida tendremos, sino de **qué tipo** de vida, de su calidad. Describe una vida plena, con una relación sana con Dios y con los demás, experimentando paz, amor, esperanza, alegría y todas las maravillosas cualidades que el Espíritu produce en nosotros.

La diferencia fundamental: el pecado te da lo que te **ganas**. Dios te da lo que **no podrías ganar**. Y ese don inmerecido es la vida en Jesucristo.

Obediencia colectiva en un mundo dividido

La obediencia es nuestra respuesta fiel al amor de Dios. Se expresa mediante nuestra confianza y participación en la obra de Dios. La obediencia fiel es fortalecida por el Padre, a través del Hijo, en el Espíritu Santo.

Y no se nos deja obedecer por nuestra cuenta.

El **Padre** nos llama a una relación con Él y nos revela su voluntad con amor.

El **Hijo** ha obedecido perfectamente por nosotros y nos invita a participar de su vida.

El **Espíritu Santo** habita en nosotros, transformando nuestros corazones y capacitándonos para responder.

La obediencia es una obra de gracia de principio a fin. Hemos sido liberados del pecado. Ahora pertenecemos a Dios. Participamos de la vida y la obediencia de Cristo.

Como Dios ya te ha liberado en Cristo, no tienes que seguir viviendo según viejos patrones. Puedes vivir una vida nueva, moldeada por el amor de Dios.

Esta es una buena noticia que debemos compartir entre nosotros en la Iglesia. No debemos descuidar el edificar a los demás.

Que podamos animarnos mutuamente con esta verdad. Que podamos mostrarnos unos a otros nuestro verdadero ser, declarando: ¡Así somos! Hemos muerto al

pecado y estamos unidos al amor. Caminamos en novedad de vida. Somos sostenidos por el tierno amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que se complace en compartir la vida con nosotros y en santificarnos. El Dios trino está produciendo en nosotros amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio.

Mediante la obra santificadora del Espíritu en nosotros, nos unimos a la misión de Jesús en el mundo de renovar, redimir y restaurar todas las cosas. El Espíritu nos capacita para vivir en el amor del Padre por el mundo. Nos capacita para reflejar y demostrar ese amor a nuestro prójimo mediante...

- Elegir el amor en nuestras relaciones
- Actuar con honestidad e integridad
- Servir a los demás con humildad
- Responder con perdón y gracia

A medida que crecemos en amor a Dios y al prójimo, nuestra obediencia se convierte en un reflejo de quienes ya somos en Cristo. Juntos, nos convertimos en una iglesia que vive el amor de Dios en el mundo.

Y la Iglesia, en su máxima expresión, no es simplemente un lugar al que se asiste. La Iglesia es la manifestación de la obediencia colectiva: unidad y amor en un mundo dividido.

Así pues, considérate libre de decisiones y acciones que conducen al daño y a relaciones destructivas. Entrégate por completo a relaciones sanas que te lleven a la santificación.

Cristo Jesús obedece en nuestro nombre y comparte su vida con nosotros.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. «Cristo Jesús obedece en nuestro nombre y comparte su vida con nosotros». ¿Cómo desafía o transforma esta afirmación tu manera de pensar sobre la obediencia?
2. Romanos 6 contrasta el estar atado al pecado con el estar atado a la justicia. ¿Cuáles son algunas de las "decisiones, hábitos o patrones" cotidianos que sientes que son instrumentos de daño, y cómo podrías transformar esas mismas partes de tu vida en instrumentos de amor?
3. El sermón plantea la paradoja: ya libres del pecado, pero aún no plenamente obedientes al amor. ¿Cómo cambia tu respuesta el hecho de verlo como santificación (maduración en Cristo en lugar de fracaso)?
4. El sermón concluye presentando a la Iglesia como «obediencia colectiva en un mundo dividido». ¿Cómo se manifiesta la obediencia colectiva en tu iglesia hoy mismo? ¿En qué aspectos *nos* invita Dios a elegir el amor en lugar del daño?

